

Tejido urbano de una ciudad calidoscópica: apuntes sobre *Treinta días en Moscú*

Alder Soto Olivero (USP)*
ORCID 0000-0001-5978-0572

Resumo: Apesar de viver em uma era altamente globalizada, Moscou persiste em sua condição de mistério insondável para muitos. É uma cidade cosmopolita como Nova York ou Londres e, ao mesmo tempo, desconhecida em seus costumes e contradições. O que motiva um cubano a percorrer as ruas de Moscou e nos apresentar espaços urbanos que fogem às tradicionais descrições desta cidade? Com a minha leitura de *Treinta días en Moscú*, do escritor cubano José Manuel Prieto, arrisco desvendar essa questão. É difícil definir um gênero para a escrita do Prieto, pois as fronteiras neste livro se desvanecem e, a certa altura, já é impossível descobrir o que é real em Moscou e o que não é. Seguindo a proposta de Prieto, também me lanço a dissipar a noção de gênero didático e ensaístico, refletindo e, ao mesmo tempo, buscando me amalgamar com minhas reflexões entre realidades, espaços e experiências do próprio autor.

Palavras-chave: Moscou; tecido urbano; espaço; escritas fronteiriças

Abstract: Despite living in a highly globalized era, Moscow remains an unfathomable mystery to many. It is a cosmopolitan city like New York or London and, at the same time, unknown in its customs and contradictions. What motivates a Cuban to walk through its streets and discover urban spaces that escape the traditional descriptions of this city? With my reading of *Thirty Days in Moscow*, by the Cuban writer José Manuel Prieto, I try to unravel that question. It's difficult to define a genre for his writing, since the borders in this book are blurred and, at a certain point, it is already impossible to discover what is real in Moscow and what is not. Following Prieto's proposal, I also launch to dissipate the notion of didactic and essay genre, reflecting and, at the same time, seeking to blend my reflections between realities, spaces and experiences of the author himself.

Keywords: Moscow; urban tissue; space; border deeds

Resumen: A pesar de vivir en una era altamente globalizada, Moscú persiste en su condición de insondable misterio para muchos. Es una ciudad cosmopolita como Nueva York, o Londres y, al mismo tiempo, desconocida en sus costumbres y contradicciones. ¿Qué motiva a un cubano a recorrer sus calles y descubrirnos espacios urbanos que escapan a las tradicionales descripciones de esta ciudad? Con mi lectura de *Treinta días en Moscú*, del escritor cubano José Manuel Prieto, intento desvendar esa pregunta. Es difícil definir un género para su escritura, pues las fronteras en este libro se desdibujan y, a cierta altura, ya se hace imposible descubrir qué es real en Moscú y qué no. Siguiendo la propuesta de Prieto, me lanzo también a desdibujar la noción de género didáctico y ensayístico, reflexionando y, a la vez, buscando confundirme con mis reflexiones entre realidades, espacios y vivencias del propio autor.

Palabras-clave: Moscú; tejido urbano; espacio; escrituras fronterizas

Recebido em: 29 jul. 2021

| Aprovado em: 13 out. 2021

* Doutorando pelo Programa de Pós-graduação em Língua Espanhola e Literaturas Espanhola e Hispano-americana da Universidade de São Paulo (FFLCH/USP). Bolsista Capes. E-mail: also@usp.br.

0.

¿Es Moscú una ciudad real?, o por lo menos, ¿es real el Moscú que disecciona José Manuel Prieto durante 30 días?

El autor nació en La Habana en 1962, año aún idílico de la Revolución Cubana. Luego, producto de los lazos establecidos entre Cuba y la entonces Unión de Repúblicas Socialista Soviéticas (URSS) fue a parar a Novosibirsk, capital de la Siberia occidental, donde se formó como ingeniero. Permaneció en Rusia durante doce años, presenciando, incluso, el desmoronamiento del coloso euroasiático. Apostemos por una lectura lúdica de una crónica intrigante, donde las fantasías y las realidades de Prieto se confunden con las fantasías y las realidades de un lector deslumbrado. En una especie de ensayo demencial, iniciación eleusina, bacante desenfundada me lanzo en búsqueda frenética de esa ciudad auténtica y al mismo tiempo quimérica que se vivencia en *Treinta días en Moscú*.

1.

El tiempo y el cuerpo. El fluir de las épocas y la condensación de una ciudad en el tiempo. El desarrollo de un organismo (¿metafórico?) que se degrada y al mismo tiempo renace. Es precisamente el tiempo y el cuerpo quienes marcan la trayectoria de una ciudad que se prepara para entrar en un nuevo milenio (año 2000 d.C). El tiempo condensado son unos precisos y exactos 30 días; el cuerpo es el Moscú multiorgánico, agonizante y a la vez revitalizado.

En Moscú las plazas son símbolos confusos para el espectador de Occidente. Decir *plaza* y referirse a Rusia puede significar inquietud, extrañeza, malentendidos. La más famosa de las plazas rusas es sin duda la Roja, hermosa y luego comunista; luego, simplemente roja, aunque la asociación de *rojo* y *comunismo* persiste y, tal vez, persistirá en el tiempo.

Sin embargo, no es de la Roja (aclara el narrador), sino de una plaza común y corriente, sin nombre, insignificante, desde donde comenzará este hurgar en la ciudad que se narra en *Treinta días en Moscú*. A semejanza de una investigación sociológica, el narrador-personaje (tal vez, Prieto, podría especularse) busca “fijar sus rasgos, aislar señales del año mítico [2000 d.C], ¿diferentes aquí a los de otra gran ciudad?, semejantes en qué grado?”; para luego, mediante técnicas de biólogo o anatomista, examinar “un corte transversal, los músculos, los tendones, los nervios que se hunden en la masa de la ciudad (en el tejido urbano)”. Es ese tejido urbano, su definición, su composición y la manera en cómo se regenera en el lapso de un mes, se expande y se contrae en el tiempo, lo que nos interesa descubrir, (re)conocer.

Treinta días en Moscú es más que un reportaje, un diario de viajes, una crónica. El narrador, cronista y reportero a la vez; ensayista y poeta, despliega recursos que rebasan la simple descripción o narración:

Caer sobre la ciudad como una hoja (lentamente), sorprenderlos siempre: «Pero este verano, ¿por qué?». Conservado en este libro, como en un estrato esquisto, la huella nevada del día, la impresión fósil por la que un naturalista pudiera reconstruirlo en el futuro: hacerme volar otra vez, hacerme otra vez escutar julio a mis pies, antes de bajar a él, como me dije: aquí estamos, ya empezó, ese hombre, por ejemplo, aquel taxista... (PRIETO, 2001, p. 13).

Ese es un fragmento exquisito, lírico, significativo y al mismo tiempo intrigante. El

método de escrutinio al que se lanza el narrador es de una delicadeza asombrosa, no invasiva, natural como una hoja cayendo: sorpresiva, pero al mismo tiempo completamente inofensiva. Y es el *lentamente* la palabra que encierra una infinitud de significados, no solo temporal sino también espacial, que van desarrollándose durante todo el libro.

Desde la comparación con la novela de Edward Bellamy, *Looking Backward (2000-1887)*, que da inicio a *Treinta días en Moscú* se verifica esta espera dilatada del narrador: la conexión que hace del viaje en el tiempo del protagonista de la novela de aquel con el viaje natural al Moscú del año 2000 de este:

Lo había alcanzado por el sencillo expediente de haberlo *esperado* (como de pie en el mismo lugar, los años llegando y yéndose, atravesándome, inmóvil yo en medio de aquel fluir, inmerso en el torrente) (PRIETO, 2001, p. 12).

Nótese que, a pesar del ritmo aparentemente acelerado de la narración, esa espera no puede ser menos que una espera demorada, paciente, ajustada al ritmo de una vida humana.

2.

La primera semana es el (re)descubrimiento; el primer encuentro con la ciudad tantas veces recorrida, la que nunca cambia y al mismo tiempo siempre se está transformando. Es la ciudad habitada, dejada atrás y ahora revisitada. Y es en Moscú donde Prieto nos presenta una ciudad que se regenera. Se regenera por partes, lentamente, semejante al proceso de regeneración de un tejido en organismos vivos.

Resulta interesante esa idea de la regeneración del tejido. El tejido urbano que está en constante renovación, tejido que nunca es el mismo. Células (también urbanas), que envejecen, mueren; otras que las sustituyen y garantizan la incesante regeneración.

Y en el recorte temporal de un mes el cronista intenta mostrarnos este proceso de regeneración del tejido: “primero se restituye el *tejido humano* (primera semana), luego el *tejido arquitectónico* (segunda semana), después el *tejido de la memoria* (tercera semana) y por último el *tejido del presente* (cuarta semana)” (PRIETO, 2001, p. 44). No obstante, el orden temporal propuesto no es más que organización metodológica para ilustrar secuencialmente la evolución de cada uno de estos tejidos. Como en todo organismo, la interacción es constante y la evocación de los tejidos de la memoria y del presente, por ejemplo, se entrelazan entre ellos y con los otros tejidos urbanos a lo largo de todo el libro.

3.

Recuerdo que la primera imagen que tuve de Moscú (a través de imágenes y textos) fue en mi primer año de estudios universitarios. Ludmila e Irina (típicas rusas), hablaban con pasión de esta ciudad. Siempre me pareció una ciudad desmesurada, difícil de contener, sin principio ni fin. Tres lugares recuerdo de aquellas clases: el Kremlin, la calle Arbat y el metro.

Los tres lugares son componentes arquitectónicos indispensables en la memoria y en el presente de la ciudad. Los palacios y catedrales del Kremlin encierran una historia que viene desarrollándose desde el siglo XIV, además de ser símbolo del poder político en Rusia. Igual de impresionante es su extensa muralla roja y sus imponentes torres (también rojas).

Arbat no es solo una calle. Arbat es motivo y personaje presente en importantes

obras de la literatura rusa. Es el Arbat de *Guerra y paz*, de Lev Tolstói; de *Pasado y pensamiento*, de Aleksandr Herzen; de *Los hijos del Arbat*, de Anatoli Rybakov. Arbat fue espacio para el comercio, el arte, la antigua nobleza rusa y luego los funcionarios de gobierno de la época soviética. Hoy el Arbat se revitaliza, se reconstruye y debido al gran patrimonio histórico y cultural se ha vuelto una importante atracción turística.

Al igual que Arbat, el metro de Moscú es una especie de fresco gigantesco; da la impresión de ser una mezcla de galería de arte y palacio subterráneos. Mármol, oro, granito, grandes columnas y deslumbrantes capiteles; pinturas, esculturas y grandiosos candelabros en los techos: riqueza, mucha riqueza. Idea de majestuosidad, delirios de grandeza del zar no oficial Josef Stalin.

Sin embargo, no son solo estas atracciones, indispensables para todo turista, las que Prieto nos indica en su crónica. Nuevamente (como en cada visita), son los libreros, los vendedores ambulantes, recientes cafés, restaurantes temáticos, restaurantes de comida rápida, teatros en decadencia que van cediendo espacio a lujosos casinos; son los refugiados de Asia Central en el metro, son los asirios; es la Asamblea de Nobles; son los edificios estalinistas.

Prieto orienta su itinerario hacia lugares poco explorados de la gigantesca ciudad; busca resaltar el contraste, la diferencia entre la nueva Moscú y su pasado aún palpitante. Pareciera como si la ciudad, a semejanza de aquellas personas que no se atreven a tirar objetos que han ido acumulando, quisiera conservar mucho de lo creado durante la época soviética. Pero también es real la transformación del trazado urbano, la incorporación de elementos occidentalizantes, el aburguesamiento de la ciudad, la apertura de Moscú al mundo.

Nuevas profesiones surgen como la de diseñadora de cortinas, el vendedor de ventas; “todo el país necesitaba órganos que no existían o cuya existencia no sospechaban, y los rusos, como células madre, habían sabido especializarse en tejido óseo, en tejido muscular, en riñones, en piel, en ojos” (PRIETO, 2001, p. 95-96). La cuestión de las profesiones se convirtió en asunto privado. Aprovechando el amplio margen de autonomía dejado por el poder soviético, cada cual se dedica y hace lo que mejor le convenga.

Las ventanas, por ejemplo, –como cuenta Silvio, el personaje que se dedica a vender ventanas finlandesas–, son un negocio sumamente lucrativo. Son ventanas anunciadas en revistas de importación (la profusión de revistas extranjeras y nacionales de nueva tendencia es impresionante en la Rusia postsoviética).

A diferencia de las ventanas de madera soviéticas, las finlandesas tienen la hoja y el marco de madera laminada. Esta se somete a una impregnación bioprotectora e hidrófoba, por lo que adquiere una resistencia al encogimiento ante fluctuaciones de temperatura y humedad. La hoja exterior está hecha de aluminio, el marco también tiene una pantalla protectora de aluminio que protege la madera de la precipitación y las heladas. Los problemas son el costo y la viabilidad, de ahí lo provechoso de este negocio: las ventanas de alta calidad pueden llegar a costar hasta mil dólares por m². Sin embargo, toda Rusia (Moscú si se quiere ser más exacto), en eufórico deseo de ventanear hacia Occidente está cambiando sus ventanas, sustituyendo las obsoletas soviéticas por estos símbolos de modernidad y distintivo de poder adquisitivo.

El negocio de las ventas y las propias ventanas importadas pueden considerarse como metáforas de una apertura significativa de la sociedad rusa; una mirada diferente abriéndose desde el Báltico que se repite constantemente durante toda la historia de Rusia. Al fin y al cabo, la palabra *okno* (окно: ventana en ruso) deriva del eslavo antiguo *oko* (oko: que significaba “ojo”).

Tampoco, es por gusto que Pushkin, evocando tal vez la Paz de Nystad¹, en su poema narrativo *El jinete de bronce: Relato de Petersburgo*, afirma mediante los siguientes versos:

*Aquí nos ordenó Naturaleza
que abriéramos a Europa una ventana*

(PUSHKIN, 1833, p.41).

Es interesante percibir cómo este anhelo antiquísimo toma otros rumbos con el desaparecimiento de la URSS. Ahora, la antigua ventana simbólica a la que hace referencia Pushkin se transforma en ventanas de valor tangible que, al mismo tiempo, adquieren un valor metafórico. Las ventanas finlandesas y el Báltico continúan siendo una de las ventanas por donde entra Occidente a la nueva Rusia.

Me seduce con insistencia esa idea de la ventana como imagen metafórica.

4.

Catedrales.

“En Moscú, por ejemplo, las iglesias que uno encuentra están sumergidas en el moderno tejido urbano” (PRIETO, 2001, p. 117).

En algún punto de este ensayo hice referencia a algunas de las catedrales que se encuentran en el interior del Kremlin. Sin embargo, en toda Moscú son muchas y la mayoría tan antiguas como la propia ciudad: las catedrales de la Dormición, la del Arcángel Miguel, la de la Anunciación, la de los Doce Apóstoles, la de la Deposición del manto de la Virgen y, quizá, una de las más famosas por su belleza inusual: la Catedral de San Basilio. Definitivamente, Moscú es una ciudad espiritual.

No obstante, merece un aparte –por su curiosa historia–, la Catedral de Cristo Salvador. El templo, ubicado en el centro de Moscú cerca del Kremlin y del río Moscova, era una ofrenda del emperador Alejandro I de Rusia a la divina providencia por salvar al imperio de la ocupación napoleónica y, también, a los sacrificios del pueblo ruso. La ceremonia de comienzo de las obras se celebró en 1817, sin embargo, debido a varios problemas con el emplazamiento, la construcción real dio inicio solo en 1837. Tras casi 70 años el templo finalmente fue consagrado en 1883 durante la coronación del zar Alejandro III.

Por orden de Stalin, que quería un palacio para los soviets, en 1931 la catedral voló por los aires dinamitada hasta sus cimientos, como si se buscara extirpar una parte de tejido que recordaba el pasado imperial de la nación. Inmediatamente, luego de retiradas las ruinas, se abrió el foso para la base del nuevo palacio (al gusto de Stalin) y se instalaron los cimientos que lo sustentarían. Algunos creerían y hasta asegurarían –en sus subconscientes, claro– que era una maldición, pero lo cierto es que el tan deseado palacio de Stalin nunca llegó a materializarse: problemas económicos, inundaciones del río Moscova y, finalmente, el enfrentamiento con la Alemania nazi. El proyecto se dejó de lado y en el enorme foso abandonado se construyó la piscina Moskvá que fue durante un buen tiempo la mayor piscina a cielo abierto del mundo.

Llámesese sino o designios del destino: tras la desaparición de la URSS, la piscina fue cerrada y volvió y erigirse la Catedral de Cristo Salvador que debía ser una copia fiel a la del

¹ Paz firmada el 30 de agosto de 1721, marcó el final de la Gran Guerra del Norte que enfrentó al Imperio Ruso con el Imperio Sueco por la primacía en el Báltico. Según este tratado, se reconoció a Rusia el derecho a anexar los estados bálticos. Así, recibió acceso al mar y la oportunidad de establecer vínculos políticos, económicos y culturales directos con todos los países europeos.

siglo XIX.

A pesar de la prominencia del cristianismo ortodoxo ruso, otras religiones buscan ganar espacio en la cotidianeidad rusa; no obstante, la coexistencia de diferentes creencias no es tan fácil de conseguir en la práctica. Pese a estar emplazadas en el mismo lugar (en el Complejo Espiritual Educativo de las Religiones Tradicionales de Rusia) una mezquita, una sinagoga, un templo ortodoxo, un templo budista y hasta un salón de actos, la desconfianza y la intolerancia religiosa todavía permean grandes extensiones de capas internas del tejido humano.

El escenario narrado por Prieto durante una visita al exterior de una mezquita evidencia lo absurdo que pueden llegar a ser ciertas situaciones, al punto de verse como situaciones del más puro estilo kafkiano:

«¿Y las ventanas? ¿Con qué objetivo contabas las ventanas?». «¿Cuáles ventanas?! ¿Cuáles?!» Nada de ventanas, un infundio, una acusación infundada. ¿De dónde habían salido esas ventanas? Se adelantó entonces el hombre de los dientes de falso oro. Me acusó señalándome con su sucio índice: «Tú – dijo – estabas contando ventanas». «Sí – confirmó el hombre de la camisa blanca, el de aspecto (falsamente) respetable –, lo sabemos, que estaba contando las ventanas.» (PRIETO, 2005, p. 125)

¡Nuevamente las ventanas! Podrían ser finlandesas.

Apunte: Definitivamente, las ventanas y la fascinación/obsesión que provocan necesitarían un estudio más allá del aspecto puramente técnico; un tratado simbólico sobre este singular objeto.

5.

Finalmente, no dejo de pensar en la sensación de letargo que durante casi todo un siglo se posesionó de la Rusia soviética; en la sensación de sofoco, en la vigilancia constante; en la atmósfera enrarecida por el poder soviético. Donde ahora hay pabellones de cristal que cercan las aceras, cafés, agencias de viajes, antes señoreaba la nada, el vacío entre un edificio y el otro. Hoy, sin embargo, hay infinitudes de pabellones de cristal; se va recomponiendo el tejido arquitectónico.

Y en esas aceras también es posible encontrar literatura. En una de las calles moscovitas Prieto se encuentra con un señor que vende libros. Siempre en el mismo lugar, estático, como si formase parte del paisaje urbano: “el verano pasado también estaba allí (y lo imagino inmóvil, fijo bajo la lluvia, la nieve, como un cuadro de cámara con el obturador abierto) en el mismo pedazo de la calle”. Intento imaginarme a los incontables vendedores de libros de todo el mundo, a semejanza de este, disertando en plena calle sobre la poesía provenzal y las creaciones de Guillermo de Poitiers.

De la misma manera me es inevitable imaginar el panorama de la literatura rusa como una serie de cortes cinematográficos abruptos: Pushkin, Turguéniev, Gógol, Uspenski, Tolstói, Dostoievski, Chéjov, Gorki, Pasternak...y así, hasta llegar a Petrushévskaya, van apareciendo nombres en escena; nombres que han conseguido atravesar la vastedad del territorio ruso y, aun así, quedan tantos otros por descubrir. Da la impresión de que Rusia se resume a una pléyade de famosos, de épocas pasadas la mayoría.

Como uno de los personajes de *Treinta días en Moscú*, Liudmila Petrushévskaja se muestra con “el aspecto de alguien que ya sólo quiere parecer elegante” (PRIETO, 2005, p. 32). Es una escritora que revela franqueza en sus textos, un estilo que se sustenta en la elipsis, donde lo que no se dice es tan importante como la historia visible que cuenta. Sus

relatos son extremadamente directos, realistas en algunos casos, fantásticos en otros y cáusticos la mayor parte del tiempo. En ellos lo extraordinario le sucede a la gente común; lo real frecuentemente se confunde con lo imaginario y la barrera entre ambos desaparece y ya no es más posible entender qué es lo que sucede.

Petrushévskaja tiene una serie de motivos invariables: la familia, la vida y los conflictos familiares, la mujer (es interesante señalar que Moscú en lengua rusa es gramaticalmente una palabra femenina); recuerdos de infancia, los apartamentos comunales. Como ella misma afirma, no hay cómo entender Moscú si no se sabe lo que es un apartamento comunal.

Un apartamento comunal era una especie de sociedad a menor escala, (“un gulag en pequeño”, como lo refiere Petrushévskaja en su conversación); cerrado, con sus propias reglas estrictas y específicas que eran de obligatorio cumplimiento. Cada apartamento comunal tenía un presidente, que aseguraba el orden dentro del apartamento. Algunas reglas cotidianas estaban, por ejemplo, el establecimiento de horarios de limpieza, horarios de cocina, horarios de ducha y lavado, etc. A menudo, el incumplimiento del reglamento, así como las diferencias de carácter, la desconfianza y los prejuicios, causaban escándalos y desacuerdos entre los residentes de estos apartamentos multifamiliares.

En el Moscú del nuevo milenio continúan existiendo los apartamentos comunales como parte del tejido urbano. Antes, en la época soviética, era común que vecinos se acusasen unos a otros para intentar obtener sus cuartos y aumentar el tamaño de sus habitaciones; hoy, como cuenta Petrushévskaja (PRIETO, 2005), es común que una joven soltera o un viejo o una ancianita con un cuarto en un apartamento comunal corran el peligro de ser asesinados.

En la literatura rusa del siglo XX aparecen retratadas varias de estas situaciones y el convivio en los apartamentos comunales. En los cuentos de Petrushévskaja, por ejemplo, es casi que una constante. Es perturbadora la historia narrada en su relato *Venganza*, en el que una mujer, por motivos que toca al lector adivinar, quiere matar al bebé de su vecina.

Valen la pena, por la riqueza y lo impactante de sus descripciones, las novelas *Los que vivimos*, de la escritora estadounidense de origen ruso Ayn Rand y *Salmo, novela-meditación sobre los cuatro castigos del Señor*, de Friedrich Gorenstein.

6.

Propongo dar un paseo por Moscú en el verano del año 2000. En la ciudad ya no hay socialismos, ya no hay largas colas para comprar los productos de ocasión, aunque las grandes concentraciones en el metro continúan. Visitemos la Plaza Roja (la Hermosa) y desde su mismo centro partamos en cualquier dirección, así, al azar: en Moscú todas las calles parten de la *Krásnaia Plosad*.

En la primera esquina hojeo una revista, el *Domovoi* y caigo en la cuenta que ahora también los rusos viajan. Siempre se la pasaron bien dentro de las fronteras del imperio. Jūrmala en las afueras de Riga era casi como estar en el extranjero: valía la pena echarles un vistazo a las cortinas del Telón de Acero. Yalta, Sochi y el Lago Baikal. Gagra, el Monte Carlo soviético; en una escena de la comedia soviética *Iván Vasílevich cambia de profesión*, basada en la obra de Bulgákov, *Iván Vasílevich*, la amante de un director de cine dice: “¡Me voy a Gagra!”.

Hoy, viajar a Occidente está al alcance de la mano, lo veo en *Domovoi*: Chipre, Egipto, Holanda, España; sin embargo, decido quedarme en Moscú. Nuevamente en cualquier lugar de la ciudad en que me encuentre, ya sea en el cuarto de mi hotel, en la casa de un amigo, mientras camino por las calles, siento que soy capaz de escuchar cómo se

regeneran los tejidos, cómo crecen; de nuevo alcanzo a escuchar el “crepitar de la partición celular”.

Me bajo del tranvía en la estación terminal de Ostánkino, en el mismo lugar donde semanas más tarde la enorme torre de telecomunicaciones se incendió por causa del calor. Desgarramiento en el tejido. Sin embargo, en el presente, subo al restaurante “El séptimo cielo” que ocupa tres pisos separados a alturas de 328 a 334 metros sobre el suelo. Con su forma circular giro alrededor de un eje y observo la ciudad: la mutable Moscú está a mis pies.

De nuevo en la calle Tverskaya, cerca de la Plaza Pushkin, entre reconstrucciones y regeneración; entre orine y fachadas gastadas. De nuevo en la calle Arbat y he aquí que, al igual que al narrador de *Treinta días en Moscú*,

[...] de la ventana de una vieja casa me llega la música de un septeto cubano. Un son de aquellos programas de mi infancia que me llenaban de angustia a las siete de la tarde: señores muy viejos como el padrino de mi mamá (que también me llenaba de angustia). Algo bien lejano, que jamás pensé escuchar algún día en Moscú, de pronto, en esta calle, empaquetado electrónicamente. Cosa impensable hace años (aunque para ser francos, no sólo en Moscú, sino en cualquier ciudad que no fueran Bayamo, Sancti Spíritus < Ciego de Ávila, en lo más profundo de Cuba, ese país) (PRIETO, 2005, p. 101).

Referencias

PRIETO, José Manuel. **Treinta días en Moscú**. 1. ed. Barcelona: Mondadori, 2001.

PUSHKIN, Alexandr. **El jinete de bronce**: Relato de Petersburgo. Traducción: Eduardo Alonso Luengo. Madrid: Hiperión, 2000.

PETRUSHÉVSKAIA, Liudmila. **Era uma vez uma mulher que tentou matar o bebê da vizinha**: Histórias e contos de fadas assustadores. Tradução: Cecília Rosas. São Paulo: Companhia das Letras, 2018.